

Un cierto encanto goethiano

Correspondencia alemana
de Alfonso Reyes
(1914-1959)

Sergio Ugalde Quintana

Edición, notas, traducción y estudio

 EL COLEGIO
DE MÉXICO



Cátedra
Gustavo y
Alfonso
de
Humboldt

EL COLEGIO DE MÉXICO
JUAN PABLOS EDITOR
CÁTEDRA HUMBOLDT

México, 2013

ÍNDICE

RADIOGRAFÍA DE UNA AUSENCIA: ALFONSO REYES EN ALEMANIA Sergio Ugalde Quintana	9
---	---

CORRESPONDENCIA DE ALFONSO REYES CON SUS TRADUCTORES AL ALEMÁN	
Inés Elfriede Manz	33
Rudolf Caltofen	61
Erwin Walter Palm	105

CORRESPONDENCIA DE ALFONSO REYES CON PERSONAJES DE LOS INSTITUTOS IBEROAMERICANOS EN ALEMANIA	
Ernesto Quesada	109
Hermann B. Hagen	133
Rudolf Grossmann	143

CORRESPONDENCIA DE ALFONSO REYES CON PROFESORES UNIVERSITARIOS Y ROMANISTAS ALEMANES	
Viktor Björkman	149
Walter Pabst	153
Hellmuth Petriconi	163
Hermann Brunn	171
Karl Vossler, Emma Vossler, Clotilde von Scheliha	185

CORRESPONDENCIA DE ALFONSO REYES
CON ESCRITORES, ARTISTAS Y EXILIADOS ALEMANES

Herbert Steiner	209
Udo Rukser	211
Gisèle Freund	289
Albert Theile	311
Heinrich Berlin	315
Albert Schweitzer	317

ADENDA

I. Cartas originales en alemán y francés	321
II. Documentos	349

RADIOGRAFÍA DE UNA AUSENCIA: ALFONSO REYES EN ALEMANIA

En el poblado de Duisburg, al occidente de Alemania, apareció publicado en 1977, bajo el sello editorial de Gilles & Francke, el libro *Kleine Miniaturen*, un pequeño volumen de apenas 48 páginas que contenía, entre ensayos y relatos, 15 breves composiciones en prosa de Alfonso Reyes. El traductor, preocupado por la escasa información que el público alemán pudiera tener sobre el responsable de esos textos, escribió un par de páginas introductorias donde llamaba la atención sobre la personalidad literaria e intelectual del "Humanista de México".¹ A la fecha, éste es el único libro de Alfonso Reyes en el idioma de Goethe. La escasez de la obra del regiomontano en esa lengua sorprende por varias razones. En principio, porque sus vastas y amplias inquietudes intelectuales y artísticas no fueron representadas en lo más mínimo en la muestra parcial y escasa de ese libro. Pero, sobre todo, porque los vínculos del autor de *Visión de Anáhuac* con el mundo cultural germánico no fueron pocos. Más allá de las lecturas que hizo de las obras históricas, filosóficas y literarias de esa tradición, donde sobresale su diálogo con Hegel, Humboldt, Husserl, Buckhardt, Nietzsche y, ante todo, Goethe, Alfonso Reyes mantuvo una constante relación con una comunidad intelectual de ese país a lo largo de una buena parte de su vida. Los 17 epistolarios que aquí se publican son la prueba fehaciente de ello. Muchas son las lecturas que se pueden dar a las misivas que componen este tomo. Yo sólo quiero resaltar una de ellas. En la correspondencia alemana de Alfonso Reyes se puede seguir a trechos, con sus tensiones, sus problemas

¹ Alfonso Reyes, *Kleine Miniaturen*, trad. Rodolfo Caltopen, Duisburg, Gilles & Francke Verlag, 1977.

y sus conflictos, la historia de la normalización de los estudios de literatura hispanoamericana en el mundo cultural alemán. En ese proceso es importante tener en cuenta tres ámbitos: el editorial —donde juegan un papel importante los traductores—, el de la enseñanza universitaria —con sus profesores dedicados a la investigación y a la docencia— y el de las bibliotecas especializadas. Con cada uno de ellos, Reyes mantuvo una relación constante.

DE TRADICIONES Y TRADUCCIONES

A diferencia de la literatura española de los Siglos de Oro, que durante el Romanticismo experimentó un álgido momento de recepción, la literatura hispanoamericana, hasta antes del siglo XX, era prácticamente desconocida y ajena al ámbito de la cultura alemana. Frente a las memorables traducciones de la obra de Calderón de la Barca que hizo August von Schlegel, o frente a la versión del *Quijote* que realizó Ludwig Tieck, las letras del continente americano representaban para el lector germánico, en el mejor de los casos, un territorio incógnito. Durante varios siglos, el universo artístico del nuevo continente no logró naturalizarse ni aclimatarse en la institución literaria alemana. Un recuento somero de las obras y de los autores vertidos en esa lengua deja ver hasta qué punto el cuerpo literario americano les resultaba extraño. El primer hispanoamericano traducido a ese idioma fue el Inca Garcilaso de la Vega. En el año de 1753, gracias a las labores de Heinrich Ludwig Meier, apareció publicada *La Florida del Inca* bajo el título *Geschichte der Eroberung von Florida*. Casi un siglo después aparecieron las primeras obras de algunos escritores novohispanos. *La verdad sospechosa* de Ruiz de Alarcón fue traducida en 1844;² catorce sonetos de Sor Juana, ya bien entrado el siglo XIX, se publicaron en el *Cancionero. Spanische Gedichte* de Edmund Dorer.³ Mientras los científicos y viajeros alemanes del siglo XIX, entre los

² Juan Ruiz de Alarcón, *Selbst die Wahrheit wird verdächtig*, en *Spanische Dramen*, trad. C.A. Dohrn, Berlín, Nicolaische Buchhandlung, 1844, pp. 135-302.

³ Edmund Dorer, *Cancionero. Spanische Gedichte*, Leipzig, T.O. Weigel, 1879.

que destacan Alexander von Humboldt y Adolf Bastian, describían la flora, la fauna, la geografía y el paisaje humano de las nuevas tierras, las letras del continente permanecían incógnitas para el público y la academia germanas.⁴ Al terminar el siglo XIX, el recuento del archivo literario hispanoamericano vertido en esa lengua era, para decirlo de forma lacónica, desesperanzador: tres antologías y una decena de obras individuales.⁵

El escaso interés por las letras del nuevo continente comenzó a cambiar, aunque de forma muy moderada, con la vuelta del siglo. En las postrimerías de la Primera Guerra Mundial, entre 1910 y 1911, aparecieron tres antologías poéticas donde se representaban las tradiciones de unos cuantos países hispanoamericanos. Richard Ludloff se encargó de hacer una selección de la lírica argentina; Johan Fastenhraath, de la mexicana y de la uruguaya; Viktor Björkman, de la venezolana. Los autores representados en esos volúmenes apenas dibujaban una silueta, endeble y frágil, de cada una de esas literaturas. En esos mismos años, y gracias a las labores de intermediación de Pedro Henríquez Ureña, comenzó la relación epistolar de Alfonso Reyes con uno de esos promotores: Viktor Björkman, profesor de la Universidad de Lübeck. Pese al paisaje desolador, un cierto interés por las letras americanas comenzaba a mostrarse.

En los años que siguieron, especialmente a partir de 1930, la publicación de obras hispanoamericanas se hizo más frecuente. Algunas editoriales, junto con un puñado de traductores, comenzaron a interesarse por ese mundo “extraño”, “lejano” e “intrigante” que representaba la América Hispánica. Un personaje en específico, que hacía las veces de traductor, editor y crítico, fue fundamental en este periodo; me refiero a Georg Hellmuth Neuendorff. En poco

⁴ Al respecto véanse los trabajos de Dietrich Briesemeister, “Lateinamerikaforschung in Berlin im 19. Jahrhundert”, en *Jahrbuch Preussischer Kulturbesitz*, 27 (1991), pp. 283-302 y “Zur frühgeschichte der Lateinamerikanistik in Deutschland” en *Polyglotte Romania. Homenatge a Tilbert Didac Stegmann*, ed. Brigitte Schlieben-Lange y Axel Schönberger, Fráncfort del Meno, Axel Schönberger Verlag, 1991, pp. 645-656.

⁵ Son muy elocuentes los datos proporcionados por Dieter Reichardt en su *Lateinamerikanische Autoren. Literaturlexikon und Bibliographie der deutschen Übersetzungen*, Tubinga y Basilea, Horst Erdmann Verlag, 1972.

más de una década, de 1930 a 1942, Neuendorff tradujo a cerca de 50 autores latinoamericanos. La cantidad, para esos años, era algo excepcional. Sin embargo, su trabajo de traducción y de difusión estaba fundado en una profunda visión exótica del continente. Hispanoamérica, ante sus ojos, era un lugar donde la naturaleza, virginal y enigmática, dominaba la vida y el alma de los hombres. El traductor quería interesar al lector alemán por “un mundo raramente excitante y misteriosamente extraño” que se representaba en las obras de sus escritores.⁶ No obstante, Neuendorff no fue el único que alimentó ese “culto por el exotismo”; la mayoría de los traductores siguió sus pasos. Así, no es de extrañar que en la década de los treinta y de los cuarenta, los principales temas que convencieron a editores y traductores fueron, por un lado, la Revolución mexicana y, por otro, la literatura gauchesca. La barbarie, la violencia y la naturaleza del continente americano intrigaban al público lector de Alemania.⁷ En cada una de esas obras se pretendía encontrar no sólo el lugar de la barbarie, sino un mundo de violencia y aventuras donde reinaba el instinto. Por ejemplo, en 1932, en el texto de presentación a *El águila y la serpiente*, que por cierto se publicó en una versión abreviada, se decía, justo unos meses antes de que Hitler fuera nombrado Canciller de Alemania:

⁶ Al respecto asegura Frauke Gewecke: “El objetivo de Neuendorff, como traductor y editor, era construir el sentimiento de extrañeza en el lector alemán”, en “Fremde und Verweigerung. Zur frühen Rezeption lateinamerikanischer Literatur im deutschen Sprachraum”, *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 25 (1988), pp. 542-543.

⁷ De esta manera, y bajo esa óptica, aparecieron las traducciones de Martín Luis Guzmán *Adler und Schlange. Roman der mexikanischen Revolution*, trad. Karl Wilhelm Körner, Stuttgart, J. Engelhorn, 1932; Mariano Azuela, *Die Rotte*, trad. Hans Dietrich Disselhoff, Giessen, Kindt & Bucher, 1930; Rafael M. Muñoz, *Vorwärts mit Pancho Villa! Erzählung aus Mexikos Geschichte der Gegenwart*, trad., introducción y posfacio de Georg Hellmuth Neuendorff, Leipzig, Hans Müller, 1935; Gregorio López y Fuentes, *El indio*, trad. Wilhelm Pferdekamp, Leipzig, Esche, 1938; Ricardo Güiraldes, *Das Buch von Gaucho Sombra*, trad. Hedwig Ollerich, Bruno Cassirer, Berlín, 1934; Benito Lynch, *Die Geier von Florida*, trad. Hedwig Ollenrich, Múnich, C.H. Becks, 1935; Rómulo Gallegos, *Doña Bárbara*, trad. y notas de Georg Hellmuth Neuendorff, Leipzig, A.H. Payne, 1941; José Eustasio Rivera, *Die Strudel*, trad. Georg Hellmuth Neuendorff, Leipzig, Hans Müller, 1934.